



1.

LA CASITA

Mi familia vive en el segundo nivel de La Casita, en la ciudad de Guatemala, en Centroamérica.

A pesar de su nombre, La Casita no es para nada pequeña. Además de ser nuestra casa, también es un restaurante.

En el primer piso hay ocho mesas de madera y muchas, muchas sillas suavecitas y esponjosas. Un florero con flores frescas descansa sobre una enorme y coqueta mesa bajo el candelabro de cristal que cuelga justo en medio del restaurante. Toda la habitación brilla, especialmente por las noches cuando las luces están encendidas. Como el piso de madera pulida brilla como espejo, nuestros padres nos hacen caminar en puntillas para atravesar el corredor para no

arruinarlo. Es tan brillante que casi puedes ver tu cara en él.

La Casita tiene tres ventanas que dan a la calle. Me gusta sentarme en el borde y ver a las personas pasar al otro lado de la baranda de metal. Algunas veces, las personas sonrían. Otras, me saludan o incluso hablan conmigo.

Una vez, una mujer vestida con un huipil y que llevaba listones rojos trenzados en su pelo me dio dos canillitas de leche. Le di una a mi hermano Felipe.

Mi habitación favorita de La Casita era la cocina. Era, porque luego me di cuenta de que era un lugar muy peligroso. Había dos grandes y pesados refrigeradores. Uno para pollo, pescado y carne; el otro para leche, frutas y vegetales.

También había un enorme lavaplatos sobre el que colgaban muchas ollas y sartenes. Una de las paredes estaba llena de gabinetes y tablas de todos los tamaños para picar. A lo largo del otro muro, había un mueble largo con muchos botes de vidrio llenos de arroz y frijoles negros.

Por supuesto, también había una estufa a gas. Una olla con frijoles negros estaba siempre sobre la hornilla trasera y, junto a esta, otra olla con platanitos cocidos. ¡Delicioso!

Todos dicen que La Casita es el mejor restaurante de la ciudad, pero como nunca comemos fuera no sé si es cierto. Lo que me encanta de nuestros fines de semana es que en la refacción comemos los tamales y chuchitos que Consuelo, nuestra nana, prepara.

Una vez, Felipe y yo estábamos en la cocina y él quería presumir que es mucho más grande que yo. Siempre que alguien pregunta, él dice que es dos años mayor que yo, cuando en realidad sólo es veinte meses más grande. A mí no me parece una gran diferencia.

—Puedo hacer muchas más cosas que vos —presume— mi bicicleta es más grande. Además, sé cómo encender la estufa.

—¿Como Augusto?

—Mucho más rápido que esa tortuga —dice mientras toma un banco para alcanzar una caja de fósforos que está en la estantería—. Mirá lo que puedo hacer.

—Mamá dice que no hay que jugar con los fósforos.

—Ay, hombre, no te portés como bebé.

Felipe abre la perilla del horno y enciende un fósforo.

Retrocedo.

—No tengas miedo —dice y abre la puerta de la estufa—. A ver, ¿dónde está? —murmura mientras mete la mitad de su cabeza dentro del horno.

—¿Dónde está qué?

—No encuentro el agujerito por el que sale el gas...

¡BUM!

Una gran explosión.

Grito.

Felipe está tirado en el piso de la cocina. Tiene las manos sobre su cara y grita «¡No puedo ver, no puedo ver!».

Mamá entra corriendo desde el comedor, con muchos cubiertos entre las manos.

—¿Qué pasó acá? —me pregunta, con el rostro crispado.

Pero yo no puedo hablar, también lloro y sólo señalo la estufa.

Mamá olfatea. La cocina entera huele a gas. Cierra el horno y la perilla y levanta a Felipe, todo en un solo movimiento.

¡Creí que mi hermano se había quemado la cara! Pero no, Felipe estaba bien. Mamá le puso una toalla húmeda y fría en la cara y poco después, él dejó de llorar. Sólo un poquito de gas se había escapado de la estufa.

Sé que lo que pasó era algo grave, pero vaya si se miraba divertido. Me recordó a la caricatura en la que el gato Silvestre pone a Piolín en la chimenea, enciende un fósforo y ¡BUM!

Felipe tenía la cara toda rosada y se le habían quemado las cejas y las pestañas. Mamá le puso pomada y se miraba brillante y suave como un globo. Felipe se quejaba de cuánto le ardía.

Yo podría haberle dicho algo como bruto o cabeza de chorlito por tratar de encender la estufa, pero decidí no hacerlo sentir peor.

Desde ese día, cada vez que está en la cocina, Felipe mira la estufa de reajo, como si fuera una traidora.